

Antonieta RIVAS MERCADO. *Diario de Burdeos*. Edición crítica de Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza y Francisco Javier Beltrán Cabrera. Presentación de Jorge Olvera García. Textos de Kathryn S. Blair, Vivian Blair, Jaime Labastida, Ivett Tinoco y la Fundación Rivas Mercado A. C. Acompañado de edición facsimilar. México: Universidad Autónoma del Estado de México/Siglo XXI Editores, 2014. 2 vols.

Hace quince días enraicé al fin en este rincón burgués de la burguesísima Francia. ¡Enraizar! Después de un año entero en que la tempestad me arrebató, o mejor dicho, en que me dejé arrebatarse por la tempestad, abandonándome a la tormenta política, presa de una infinita pasión desesperada, después de haberme dejado ir en un desbordamiento que pedía, a gritos, morir; aquí me hallo, bajo un cielo gris, que se toca con la mano, pluvioso, en una quietud que tiene de la convalecencia el asombro de volver a sentir la vida.

Así inicia el diario que Antonieta Rivas Mercado escribió durante su estancia en Burdeos, en un cuaderno que hoy podemos conocer en su apariencia, el tamaño de las hojas, el color de la tinta, la caligrafía de su dueña, casi hasta en el temblor al pasar cada hoja, gracias a la edición facsimilar que artísticamente compusieron la UAEM y la Editorial Siglo XXI.

Para los amantes del libro-objeto, resultará una obra de gran valor; para los amantes de la literatura y la historia, es una joya. Esta edición puede considerarse la más fiel, auténtica y completa de un diario que brilla en el horizonte de la escritura íntima, de una tradición —como la mexicana— poco dada a exhibir intimidades. Tal falta de tradición obró por mucho tiempo en el campo de la escritura y la recepción; pero aún duró más en el campo editorial, pues no se encontraba redituable ni importante la publicación de escritos íntimos, así fueran de nuestros máximos escritores, artistas y figuras públicas.

Hasta hace veinte años todavía se debatía la pertinencia de publicar autodocumentos —diarios, memorias, autobiografías, epistolarios—, y fue una editorial ligada al Estado la que abrió brecha con su colección “Memorias Mexicanas”. Conaculta publicó, entre muchos otros, el diario íntegro de Federico Gamboa —en 7 volúmenes—, y la columna “La vida en México” de Salvador Novo, en más de 8 volúmenes —conocidos como *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, Ávila Camacho, Alemán Valdés, Ruiz Cortines, López Mateos, Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez*—; hoy el panorama ha cambiado respecto a la percepción de la importancia de la escritura autorreferencial. Los de Gamboa y Novo, grandes cultivadores del género autobiográfico, son rescates hemerográficos que era necesario publicar para algún día estar a la par de otras tradiciones —como la francesa, que han sabido aprovechar, en sus estudios filológicos y en su crítica literaria, la valiosa información de la *petite histoire*— y de las redes intelectuales que sólo se obtiene en este tipo de documentos. Y si podemos criticar las fallas editoriales de Conaculta, con numerosas erratas y descuidos de cotejo, en los albores de este siglo las ediciones se han hecho ya de otra manera. Por ejemplo, recientemente han aparecido en el Fondo de Cultura Económica, seis de siete volúmenes de los diarios de Alfonso Reyes,

en edición crítica, y la Universidad Nacional Autónoma de México ha publicado, también en edición crítica, los dos libros de memorias de José Juan Tablada.

Con las decisiones editoriales tomadas en esta publicación del *Diario de Burdeos* —a saber: facsímil cuidadosamente reproducido, transcripción realizada con profundos conocimientos ecdóticos, anotación respetuosa del sentido y de la intención del texto—, la Universidad Autónoma del Estado de México muestra una aguda comprensión de la filología al servicio de una tradición literaria y entrega a sus lectores —investigadores, estudiantes, público interesado— una versión certera de un archivo valioso —el de Luis Mario Schneider—, formado en décadas de investigación y divulgación literarias.

Así, el lector actual —como ningún otro antes, a excepción de los contados que tuvieron acceso al documento— puede tener la prístina sensación de aquél —no sabemos— que abrió por primera vez el cuaderno cuadriculado, para encontrarse, de manos a boca, con la letra ágil y contundente, armónica y apresurada de una mujer que llegó a Burdeos como el que huye de un cataclismo para encontrarse un mal mayor, que llevaba anidado en ella, que discurría en el pulso con el que escribía sus anotaciones diarias.

Quince días en Burdeos, y Antonieta afirma que puede *enraizar*, pero el discurso continuo y sin edición posible del diario manuscrito la traiciona dos párrafos después bajo la forma de paradoja: “enraizar al fin en el desierto en que he convertido mi vida”, dice. La imposibilidad de echar raíces en el páramo ofrece una constante sensación de hoja llevada por el viento, que se contradice con la multitud de proyectos de vida: escribir libros de literatura y política, aprender idiomas vivos y muertos, *enseñar* a amar nada menos que al Maestro de América. Visto desde el presente, desde el conocimiento del pronto desenlace, el diario parece arrastrar, en sus aguas turbulentas, proyectos, anhelos, recuerdos, la vida misma evocada por Jorge Manrique: “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar,/ que es el morir”. Escrito en su momento, el diario es, al mismo tiempo, confesionario, terapia, interlocutor, libreta de proyectos, agenda del pasado.

Dos de las aspiraciones de la escritura autobiográfica son, por una parte, la pretensión de raíz romántica por unir la identidad de quien dice *yo* y quien escribe *yo*, semejanza condenada al fracaso, pero que puede triunfar estéticamente al convertirse en literatura, y que ha ganado ya un lugar entre los historiadores como documento legítimo; por otra parte, está la ambición del diarista por crear un espacio de autoconocimiento, que lo lleva a asentar en el diario aquellas anécdotas, reflexiones o datos que ofrezcan índices reveladores de sí mismo de entre los jirones de lo inmediato. A ciegas, sin saber a ciencia cierta hacia dónde irá su vida, porque la visión retrospectiva del diarista es —acaso— de horas, intuyendo un derrotero, pero dejando a la Fortuna hacer lo suyo, el escritor de diarios es un ser excepcional en su anhelo por rescatar, del fluir informe de los días, los nombres, los pensamientos y los proyectos que den un sentido articulado, una dirección a la vida.

Pero, principalmente, la aspiración de la escritura autobiográfica es construir un espacio donde quepa la verdad, “única justificación para ponerse a escribir. Esa verdad que lleva uno dentro, que alimenta, teme y adora. Esta verdad íntima, difícil de forzar como una virgen”, afirma desde las primeras páginas. La escritura de un diario íntimo, para Antonieta, representa un ejercicio radical, violento, impuesto por un discurso autoritario que habita en ella misma y que asigna sus funciones al género autobiográfico: “*debo* aprender a violar la verdad./ Des-

menuzar las resistencias y dejar que suban a la superficie las verdades dolorosas, lamentables, vergonzosas, sublimes de que está hecha nuestra humanidad. Hay que romper las barras que me constriñen y es en este diario en el que he de hacer el aprendizaje de la verdad”.

Hoy puede parecer obvio que Antonieta necesitaba un interlocutor calificado que descifrara sus emociones y las encauzara, que identificara en lo dicho las manías, las obsesiones, los hoyos negros del alma, para rescatarla del abismo. El diario, como espejo para confesarse, puede devolver en sus aguas turbias una imagen cercana a lo monstruoso. Con valor catártico e incluso purificador, el diario es, sin embargo, todavía una pálida imagen cuidadosamente maquillada para que no lastime y dé pena. José Emilio Pacheco afirmaba que “el único diario de verdad íntimo es el que nos avergonzaría hallar publicado. Lo demás es una ficción autobiográfica que adopta la estrategia narrativa del diario”, y alude a la “prueba” que pide Orwell, quien considera que sólo debería creerse “al memorialista que confiese actos vergonzosos, ya que toda vida, observada desde dentro, no es sino una serie de humillaciones y fracasos”.

Antonieta intenta lo imposible: partir de la humillación y el fracaso del episodio a medias amoroso a medias político del año 29, y recomponerlo frenéticamente por medio de la escritura, pero como dice múltiples veces: “me ahoga el recuerdo”, “temo sufrir”. El diario transita, una y otra vez, de los planes eufóricos al desgarramiento interior, a la desnudez de una mujer a la que vemos correr lenta, pero irremediadamente, hacia la muerte.

Es en ese punto donde mejor puede apreciarse la cuidadosa labor de los editores Cynthia Ramírez y Javier Beltrán. Las notas, discretas, dan cuenta de los movimientos interiores de la diarista: subrayados, tachaduras, notas al margen, sobreescrituras son indicados puntualmente, sabiendo que el discurso oral tiene marcas, como dudas, lapsus, pausas, que en el ámbito del manuscrito poseen su equivalente significativo.

La transcripción, absolutamente apegada a un largo aprendizaje de la caligrafía de la autora, es honesta en su lectura y en la imposibilidad de descifrar algunos rasgos, y no pretende acudir a la enmienda adivinatoria, porque el diario constituye un espacio propicio para la tachadura, el arrepentimiento y el silenciamiento más o menos consciente.

Si la edición luce importantes fotografías poco divulgadas de Antonieta, el valor de estos tomos radica en el gesto generoso de compartir y traducir, por medio de la fijación del texto, un objeto casi sagrado para la cultura mexicana. Quienes nos dedicamos a la edición crítica sabemos que, frente a cada duda por un rasgo, un guarismo, un nombre, una letra, hay una decisión que requiere un profundo conocimiento del autor, de la obra, del género, de la época, del *usus scribendi*, incluso de la materialidad de la tinta y el papel.

El trabajo de un editor, como los que vemos aquí, requiere de acompañar a Antonieta de la mano, literalmente, para descifrar su escritura: aprender a escribir con ella. Adentrarse en su vida pública y privada durante los tres meses que dura el diario, pero también en su vida anterior, la del torbellino de la campaña de Vasconcelos y aun antes. El mérito, por tanto, al editar un diario íntimo, debe ser reconocido casi con las virtudes de un psicoanalista, pues está vedado completarle las palabras al paciente, inducir una lectura, inventarle una historia que no es la suya en el amplio territorio de las notas a pie de página.

La advertencia filológica permite conocer los avatares del texto y su transmisión. La descripción del documento es impecable y fortalece la confianza del lector, incluso erudito, en la consulta de este libro como fuente suficientemente legítima. La cronología —apéndice que en

muchos libros suele ser insustancial o fastidiosa— aquí representa ejemplo de pertinencia y verdadera guía de navegación hacia Burdeos, hacia el término de los años dorados y el inicio del final.

Resultado de un profundo conocimiento, hoy tenemos un texto editado con maestría, que servirá para una comprensión más justa de una mujer que fue mecenas, animadora, compañera y cómplice de un momento luminoso de la cultura mexicana.

Luz América Viveros Anaya
Instituto de Investigaciones Filológicas
Seminario de Edición Crítica de Textos, UNAM

—|❖